¿Qué es *el* Bautismo?

R.C. Sproul

PREGUNTAS CRUCIALES

No. 11



¿Qué es el Bautismo?

R.C. Sproul

Reformation Trust A DIVISION OF LIGONIER MINISTRIES, ORLANDO, FL

Serie Preguntas Cruciales
Por R. C. Sproul

¿Quién *es* Jesús?

¿Puedo confiar *en la* Biblia?

¿Puede *la oración* cambiar las cosas?

¿Puedo *conocer* la voluntad de Dios?

¿Cómo debo *vivir en* este mundo?

¿Qué significa *nacer* de nuevo?

¿Puedo estar seguro *de que soy* salvo?

¿Qué *es* la fe?

¿Qué puedo *hacer con* mi culpa?

¿Qué es *la* Trinidad?

¿Qué es *el* Bautismo?

¿Puedo tener gozo *en* mi vida?

¿Quién es *el* Espíritu Santo?

¿Controla Dios *todas* las cosas?

¿*Cómo puedo desarrollar* una conciencia cristiana?

¿Qué es *la* Cena del Señor?

¿Que es *la* iglesia?

¿Qué es *el* arrepentimiento?

¿Cuál es *la relación entre la* iglesia y *el* Estado?

¿Estamos en *los* últimos días?

¿Qué es el Bautismo?

Traducido del libro *What Is Baptism?*,
publicado por Reformation Trust Publishing,
una división de Ligonier Ministries.
421 Ligonier Court, Sanford, FL 32771
Ligonier.org ReformationTrust.com
© Septiembre de 2015. Primera edición.

Diseño de portada: Gearbox Studios
Diseño interior: Katherine Lloyd, The DESK
Traducción al español: Elvis Castro, Proyecto Nehemías

ISBN para la versión electrónica en MOBI: 978-1-56769-413-0

CONTENIDO

Capítulo uno

El bautismo y la salvación

Una de las descripciones más emotivas de la iglesia se encuentra en Efesios 4:4-6, donde leemos: "Así como ustedes fueron llamados a una sola esperanza, hay también un cuerpo y un Espíritu, un Señor, una fe, un bautismo, y un Dios y Padre de todos, el cual está por encima de todos, actúa por medio de todos, y está en todos". La iglesia es un cuerpo lleno de un Espíritu y unida en torno a una esperanza, adora a un Señor y un Dios en una fe. Y se nos dice que hay un solo bautismo.

Gracias a este pasaje y otras numerosas afirmaciones bíblicas, el sacramento del bautismo ha desempeñado un rol central en la iglesia a través de su historia y es un importante aspecto de la adoración cristiana. No obstante, encontramos que existe una gran medida de controversia en torno al tema del bautismo.

Aparentemente, hay interrogantes acerca de prácticamente cada aspecto del sacramento: el origen o institución del bautismo; el significado del bautismo; la administración del bautismo (¿quién está autorizado para bautizar a las personas?); la fórmula del bautismo (¿el bautismo debe administrarse solo en el nombre de Jesús o en el nombre de las tres personas de la Trinidad?); el modo del bautismo (¿el bautismo debe realizarse por aspersión, infusión, inmersión parcial, o total inmersión?); y los receptores adecuados del bautismo (¿está restringido a los adultos que hayan hecho una profesión de fe creíble, o se puede bautizar a los niños también?). Otra importante controversia tiene que ver con la eficacia del sacramento (¿qué es realmente lo que el bautismo efectúa en la vida de quienes lo reciben?).

Dado que tenemos un Señor, una fe, y un bautismo, se podría pensar que habría menos preguntas en torno a este sacramento. Es trágico que los cristianos estén tan agudamente divididos respecto a estas cuestiones. Con todo, las divisiones y las controversias demuestran que los cristianos reconocen que el bautismo es un asunto serio. Después de todo, nadie puede leer el Nuevo Testamento, aunque sea someramente, y no ver claramente que el bautismo es un elemento muy importante de la fe cristiana. Así que los cristianos que toman su fe en serio también toman el bautismo en serio, y quieren entenderlo correctamente. Les importa lo bastante como para debatir las áreas de incertidumbre acerca del bautismo.

No cabe duda de que la mayor controversia sobre el bautismo se ha centrado en su rol en la salvación. ¿Debe bautizarse una persona para experimentar el nuevo nacimiento? Esta pregunta ha sido un enorme punto de debate en la historia de la iglesia, así que quiero abordarla en este capítulo inicial.

FE Y BAUTISMO

La Iglesia Católica Romana ve el sacramento del bautismo como la causa instrumental de la justificación. ¿Qué quiere decir Roma con eso? Para ayudar a responder esa pregunta, quiero que nos volvamos al antiguo filósofo griego Aristóteles, quien articuló la idea de la causalidad instrumental.

Aristóteles identificó varios tipos de causas. Su ilustración favorita de las diversas causas involucraba a una estatua. Él decía que una estatua tiene varias causas, varias cosas que deben estar presentes para que la imagen tome forma. Primero, dijo él, tiene que haber una *causa material*, que él definió como el material del que la estatua está hecha. Podría ser un bloque de piedra, un trozo de madera, o alguna otra substancia. Luego identificó la *causa eficiente*, una persona que cambia la forma del material y lo remodela. Para la estatua, la causa eficiente es el escultor. A continuación está la *causa formal*, un plan, idea, o plano que dirige la alteración del material. También está la *causa final*, que es el motivo de la estatua. Finalmente, Aristóteles identificó la *causa instrumental*, que es la herramienta o el medio por el que se realiza la transformación del material. Al esculpir su *Piedad*, Miguel Ángel no podía simplemente ordenarle al mármol que tomara la forma que él deseaba. Necesitó un cincel y un martillo. Esos fueron los instrumentos por los cuales ocurrió el cambio en el mármol.

Como protestantes, nosotros decimos que la justificación es solo por la fe. Esa pequeña palabra *por* es crucial para nuestra comprensión de cómo se lleva a cabo la justificación. No significa que la fe sea meritoria y obligue a Dios a salvarnos. Más bien la palabra *por* indica gramaticalmente lo que llamamos el dativo instrumental, que describe el medio por el cual una cosa se lleva a cabo. Por lo tanto, empleando las categorías de Aristóteles, la fe es la causa instrumental de la justificación, según la postura protestante.

Por el contrario, la Iglesia Católica Romana dice que la causa instrumental de la justificación es el bautismo. Roma proclama que una persona es justificada al ser bautizada por un sacerdote. En el bautismo, la persona recibe una infusión,

un derramamiento de la gracia en el alma. A veces esta gracia se denomina la gracia de la justicia de Cristo o la gracia de la justificación. Cuando esa gracia se infunde en el alma de la persona bautizada, esta entra en un estado de gracia.

UNA SEGUNDA TABLA DE SALVACIÓN

Desde la perspectiva católica romana, es necesario que la persona bautizada coopere con la gracia infundida para permanecer en un estado de gracia, porque, según Roma, las personas pueden perder su justificación. Si una persona comete un pecado muy grave, mata la gracia de la justificación. En consecuencia, la Iglesia Católica Romana llama a este tipo de pecado "pecados mortales".

Dado que la gracia salvadora se infunde en la persona en el bautismo, aparentemente si alguien que está bautizado comete un pecado mortal, eliminando así la gracia de la justificación de su alma, esa persona tendría que ser bautizada de nuevo para ser justificada nuevamente. Pero la Iglesia Católica Romana no rebautiza a las personas que cometen pecados mortales; ella enseña que si bien la justificación se pierde con los pecados mortales, hay un *character indelebilis*, una marca indeleble puesta en el alma de cualquiera que sea bautizado.

De esta forma, la restauración de la justificación en caso de pecado mortal se realiza por medio de otro sacramento, la penitencia, que la Iglesia Católica Romana describe como la segunda tabla de salvación para aquellos cuyas almas han naufragado (el sacramento de la penitencia fue lo que provocó la controversia que condujo a la Reforma Protestante en el siglo XVI). Así que la primera causa instrumental de la justificación es el sacramento del bautismo. Si alguien pierde la justificación, la próxima vez la causa instrumental será el sacramento de la penitencia. En resumen, según la iglesia de Roma, los sacramentos son los instrumentos por medio de los cuales se comunica la

salvación.

"POR LA OBRA REALIZADA"

Como parte de su argumento a favor de la eficacia de los sacramentos, la Iglesia Católica Romana afirma que ellos funcionan *ex opere operato*, que literalmente significa "por la obra realizada". Cuando los reformadores protestantes comenzaron a cuestionar las enseñanzas de Roma, afirmaron que *ex opere operato* debe significar que cualquiera que sea bautizado es automáticamente justificado. Las autoridades católicas romanas respondieron que la justificación no es automática, porque la infusión de gracia que ocurre en el bautismo no conduce a la justificación si el receptor la obstaculiza con incredulidad. A propósito, esto significa que aquellos que son bautizados cuando niños ciertamente son justificados porque ellos no son capaces de resistirse a la infusión de la gracia.

Contra el principio *ex opere operato* de Roma, los reformadores argumentaron que los beneficios significados por el bautismo no se reciben aparte de la fe. Cuando Dios le da a alguien la señal del bautismo, le hace una promesa de todos los beneficios que él concederá a todos los que creen. Por lo tanto, una persona puede ser bautizada y no obstante nunca venir a la fe y nunca experimentar todos los beneficios que hemos enumerado. En consecuencia, la teología reformada clásica repudia la idea de cualquier tipo de eficacia automática del bautismo.

¿Significa esto que el bautismo es simplemente un signo vacío? ¿Por qué realizarlo si no efectúa nada? En primer lugar, lo hacemos porque Cristo lo ordenó, pero también porque comunica la señal de la promesa de Dios de salvación por fe y de los beneficios que emanan de ello. Cuando una persona es bautizada y viene a la fe, si más tarde se preocupa por la pérdida de su salvación, puede hacer memoria de su bautismo —no porque el bautismo garantice su

salvación, sino porque le recuerda la promesa fiel de Dios de preservar a todos los que están injertados en Cristo. Como veremos, cuando Abraham preguntó cómo podía estar seguro de que Dios cumpliría su promesa de darle la tierra de Canaán, Dios celebró una ceremonia de pacto. En otras palabras, Dios hizo un juramento. Hizo una promesa de pacto, diciendo, en esencia: "Abraham, que yo sea destruido si no cumplo la promesa que te hice".

Dios no promete ninguno de los beneficios de salvación a los incrédulos. La promesa es solo para los que creen, y la promesa es absolutamente segura para ellos. Por lo tanto, el bautismo es infinitamente valioso.

El bautismo, entonces, no es necesario para la salvación. Solo tenemos que considerar el ejemplo del ladrón en la cruz. Él no fue bautizado, y no obstante Jesús prometió que en aquel día estaría en el paraíso. Algunos que creen están físicamente impedidos para ser bautizados, y algunos se abstienen de hacerlo porque creen que no es necesario. Con todo, yo creo que ellos estarán en el cielo si verdaderamente han confiado solamente en Cristo para su salvación.

El debate sobre el lugar del bautismo en la salvación de los pecadores es tan solo una de las controversias que han acompañado a este sacramento a través de los siglos. Mi objetivo en este librito es abordar algunas de estas disputas. No entraré en detalles, pero espero proporcionar una mirada general y una introducción a algunos asuntos clave que rodean a este sacramento.

Capítulo dos

El bautismo de Juan y el bautismo de Jesús

En la Escritura encontramos el bautismo por primera vez cuando Juan el Bautista entra en escena. Juan ministró antes de que Jesús comisionara a sus discípulos a bautizar (Mateo 28:19) o siquiera dijese algo acerca del bautismo. En los cuatro relatos evangélicos se nos dan ciertos datos acerca del ministerio de Juan, pero quizá Lucas proporcione la mirada más extensa a su vida y obra. Allí leemos:

> Era el año decimoquinto del imperio de Tiberio César. Poncio Pilato era entonces gobernador de Judea, Herodes era tetrarca de Galilea, su hermano Felipe era tetraca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisanias era tetrarca de Abilinia. Anás y Caifás eran sumos sacerdotes. En esos días Dios le habló a Juan hijo de Zacarías en el desierto. Juan fue entonces por toda la

región cercana al Jordán, y predicaba el bautismo de arrepentimiento para el perdón de pecados, tal y como está escrito en el libro del profeta Isaías: "Una voz clama en el desierto: Preparen el camino del Señor y enderecen sus sendas. Todo valle será rellenado, y todo monte y colina será nivelado. Los caminos torcidos serán enderezados, las sendas dispares serán allanadas, y todos verán la salvación de Dios" (3:1-6).

Está claro que los apóstoles del Nuevo Testamento entendieron la venida de Juan el Bautista en el contexto de la profecía de Isaías sobre uno que vendría como heraldo del Mesías, uno cuya principal responsabilidad en el plan de redención de Dios sería preparar el camino para la llegada del Señor. Ellos además estaban muy conscientes de una profecía en el libro del profeta Malaquías. En el último capítulo de su libro —de hecho, en el último párrafo de su libro—, Malaquías habló de la llegada del "día del Señor", que no ocurriría sino hasta la reaparición del profeta Elías (Malaquías 4:5). Por lo tanto, durante cuatrocientos años después de Malaquías, el pueblo judío esperó el regreso del profeta Elías, quien había sido llevado al cielo cientos de años antes (2 Reyes 2:11). En cada celebración de la Pascua, se dejaba una silla desocupada en la mesa en memoria de Elías, en caso de que llegara como un invitado aquella noche.

Por lo tanto, no es de extrañar que cuando Juan comenzó a captar la atención, "los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas para que le preguntaran: 'Tú, ¿quién eres?'. Juan confesó, y no negó, sino que confesó: 'Yo no soy el Cristo'. Y le preguntaron: 'Entonces, ¿qué? ¿Eres Elías?'. Dijo: 'No lo soy'" (Juan 1:19-21a). Cuando Juan descartó cualquier idea de que él podría ser el Mesías, a continuación las autoridades supusieron que era Elías. Pero Juan negó eso también.

Esta negación es más bien misteriosa, porque un ángel había dicho de Juan: "Lo precederá [al Señor] con el espíritu y el poder de Elías" (Lucas 1:17), y más

tarde Jesús dijo: "Si quieren recibirlo, [Juan] es Elías, el que había de venir", y: "'Yo les digo que Elías ya vino, y no lo reconocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron…'. Al escuchar esto, los discípulos comprendieron que les estaba hablando de Juan el Bautista" (Mateo 11:14; 17:12-13). Sin embargo, la forma en la que Jesús calificó esos comentarios, y la declaración de que Juan vendría "en el espíritu y el poder de Elías", indican que Juan no era el Elías real. No obstante, había una continuidad entre ellos, de manera que el ministerio de Elías se reintrodujo en la persona de Juan el Bautista.

¿EL FIN DEL SILENCIO?

Intenta imaginar que eres un judío del siglo I. De pronto, pareciera que todos están hablando de la aparición de un hombre de Dios que viene del desierto, que era el lugar de encuentro tradicional entre Dios y sus profetas en el Antiguo Testamento. En el desierto, el profeta recibía su unción; allí se le daba la Palabra de Dios y era comisionado para proclamarla a Israel. La gente pronto comenzó a preguntarse si Juan era un profeta.

Esta pregunta tenía mucho significado porque había habido un largo periodo de silencio profético. En los relatos del Antiguo Testamento, pareciera que hay un profeta detrás de cada piedra. Aquella era una época en la que la profecía era muy importante para la vida de los israelitas, y Elías encabezaba la lista de los profetas. Pero luego, de pronto la Palabra profética de Dios había cesado en la tierra. Malaquías había sido el último profeta en Israel. No había habido palabra de Dios por cuatrocientos años. El pueblo de Israel había estado esperando durante lo que parecía una eternidad a que Dios hablara nuevamente. Así, rápidamente revivió la esperanza de que Juan trajera la tan esperada palabra de Dios.

Tengo una pregunta capciosa que me gusta plantearles a mis alumnos:

"¿Quién fue el mayor profeta del Antiguo Testamento?". Algunos dicen Elías; algunos dicen Isaías; otros insisten en Jeremías. Finalmente yo digo: "No, el mayor profeta del Antiguo Testamento fue Juan el Bautista". A veces nos olvidamos de que si bien leemos sobre Juan el Bautista en el Nuevo Testamento, él vivió antes de que Jesús inaugurara el nuevo pacto en el aposento alto la noche de su traición. Así que la economía del antiguo pacto se extendía desde el principio en el huerto del Edén hasta el momento de la Última Cena. Por lo tanto, Juan el Bautista pertenecía al periodo del Antiguo Testamento, y Jesús dijo de él: "De cierto les digo que, entre los que nacen de mujer, no ha surgido nadie mayor que Juan el Bautista" (Mateo 11:11).

"EL REINO DE DIOS SE HA ACERCADO"

Si bien Juan fue el mayor profeta del Antiguo Testamento, su tarea consistió en anunciar el fin del periodo de la historia redentora del Antiguo Testamento, porque el reino de Dios estaba a punto de irrumpir. En el Antiguo Testamento, la llegada del reino de Dios era un suceso futuro ambiguo. Pero Juan comenzó su mensaje con una radical nota de urgencia. Él clamaba: "Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mateo 3:2). Él estaba diciendo que el reino de Dios no estaba en el futuro distante, sino que estaba a punto de llegar.

Juan utilizó dos metáforas para ilustrar la urgencia del momento. Primero, dijo: "El hacha ya está lista para derribar de raíz a los árboles" (Mateo 3:10a). No era como si el leñador recién se hubiera internado en el bosque y hubiera comenzado a desastillar la corteza de un árbol, pero todavía tuviera que dar otros mil hachazos antes de poder derribarlo. Más bien el leñador ya había cortado hasta el corazón mismo del árbol. Juan estaba diciendo que con un hachazo más el árbol caería.

En segundo lugar, Juan dijo: "Ya tiene el bieldo en la mano, de modo que

limpiará su era, recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en un fuego que nunca se apagará" (Mateo 3:12). El bieldo era una herramienta que usaban los agricultores de grano para separar el trigo de la paja. Después de que se trillaba el grano, es decir, se separaban las semillas de las cáscaras, el agricultor usaba una horqueta larga para arrojar montones de semillas al aire para que el viento arrastrara la paja más liviana, los últimos fragmentos de la cáscara. La paja volaba con el viento, pero las semillas más pesadas volvían a caer al montón. Juan estaba diciendo que el agricultor no estaba simplemente pensando en separar el trigo de la paja, ni iba caminando hacia el granero para tomar su bieldo. En lugar de eso, el agricultor tenía el bieldo en la mano y estaba a punto de comenzar el paso final en el proceso de su cosecha. El momento de separación, el momento crítico que apartaría el buen trigo de la paja inútil e indeseable, estaba a punto de acontecer. Juan estaba diciendo: "Israel, tu Rey está a punto de llegar, el Mesías está a las puertas, y tú no estás preparado".

EL ESCÁNDALO DEL BAUTISMO

¿Qué tenía que hacer el pueblo para estar listo para la llegada del Mesías? Juan se lo dijo claramente: tenían que arrepentirse de sus pecados y bautizarse.

En la mente de los teólogos y los líderes de ese entonces, el llamado de Juan a que el pueblo se presentara en el Río Jordán para bautizarse era escandaloso. ¿Por qué? Cuando un gentil se convertía al judaísmo, tenía que adoptar los principios y las doctrinas del judaísmo, y tenía que circuncidarse. Además, tenía que pasar por un ritual que se había desarrollado durante el periodo intertestamentario, un baño ceremonial de purificación conocido como "bautismo del prosélito". Este rito de purificación era administrado a los gentiles convertidos porque los judíos consideraban a los gentiles ceremonialmente impuros. Por el contrario, los judíos eran considerados limpios, así que no necesitaban pasar por ningún tipo de ritual

de purificación. Pero cuando Juan los llamó a bautizarse, los fariseos se sintieron ofendidos por la implicación de que los judíos eran impuros. Ellos no podían ver que Dios le estaba imponiendo un nuevo requisito a su pueblo porque se acercaba un nuevo momento en la historia de la redención —la llegada del Mesías— y aun los judíos necesitaban remisión de sus pecados.

Un día, mientras Juan bautizaba en el Río Jordán, vio acercarse a Jesús. Él clamó: "Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1:29b). Entonces Jesús vino a Juan y le pidió que lo bautizara. Juan quedó pasmado. Mateo nos dice que "Juan se le oponía, diciendo: 'Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?'" (3:14). Él sabía que Jesús no tenía pecado, y por lo tanto no tenía necesidad de un ritual de limpieza. Pero Jesús le dijo: "Por ahora, déjalo así, porque conviene que cumplamos toda justicia" (v. 15). Como Mesías, Jesús tenía que someterse a la totalidad de la ley de Dios. Su vocación no era simplemente morir por los pecados de su pueblo, sino que también tenía que obedecer perfectamente la ley para lograr la justicia que le sería imputada a dicho pueblo. Cada requerimiento que se le imponía a Israel se le imponía al Mesías de Israel, incluida la orden de bautizarse, una orden entregada por Juan el Bautista, un profeta de Dios. Así que Jesús fue bautizado.

Al considerar el bautismo de Juan, no obstante, es crucial que entendamos que este no es equivalente al bautismo del Nuevo Testamento. Son similares en muchos aspectos, pero no son lo mismo. El bautismo del Nuevo Testamento va más allá de lo que implicaba y simbolizaba el bautismo de Juan. Su bautismo era un ritual preparatorio para el pueblo judío mientras esperaban la llegada del Mesías, así que su significado estaba fundado y arraigado en el Antiguo Testamento. Funcionaba como un puente al sacramento del bautismo del Nuevo Testamento. Más tarde, Jesús ordenó algo más profundo y de mayor significación.

EL BAUTISMO ORDENADO

Al final del evangelio de Mateo, encontramos una comunicación culminante entre Jesús y sus discípulos. Mateo escribe:

> Pero los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había señalado, y cuando lo vieron, lo adoraron. Pero algunos dudaban. Jesús se acercó y les dijo: "Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, vayan y hagan discípulos en todas las naciones, y bautícenlos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Enséñenles a cumplir todas las cosas que les he mandado. Y yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo". Amén (28:16-20).

Es significativo, creo yo, que Jesús introdujera este mandato diciendo a sus discípulos: "Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra". En toda su enseñanza hasta el momento de su crucifixión, Jesús nunca ordenó el bautismo. Pero aquí lo hizo. Habiéndose levantado de la tumba, él tenía autoridad, debido a su obra consumada, para crear una nueva señal para el nuevo pacto, y eso hizo precisamente al ordenar el bautismo.

En el capítulo anterior, afirmé que el bautismo no es necesario para la salvación. Sin embargo, si alguien me preguntara: "¿El bautismo es necesario para el cristiano?", yo le diría: "Absolutamente". No es necesario para la salvación, pero es necesario para la obediencia, porque Cristo, sin ambigüedades, ordenó que todos aquellos que le pertenecen, que son parte de la nueva familia del pacto, y que reciben los beneficios de su salvación, deben ser bautizados con la fórmula trinitaria.

Capítulo tres

La señal del pacto

No sé cuándo se volvió una costumbre entre los cristianos estadounidenses pedir a los conferencistas que les firmen sus Biblias, pero a mí me lo piden a menudo cuando doy conferencias. En muchas ocasiones, las personas que me solicitan que firme sus Biblias me piden que les escriba mi "verso de vida". Esta petición me tomó por sorpresa cuando recién comencé a escucharla. Yo no tenía un verso de vida; supongo que quería tener todo el consejo de Dios como una bandera sobre mi vida. Pero como las personas querían un verso, comencé a escribir algún verso u otro. El que he escrito con mayor frecuencia es Génesis 15:17, que dice: "Y sucedió que, cuando el sol se puso y ya todo estaba oscuro, podía verse un horno humeante y una antorcha de fuego, la cual pasaba entre los animales divididos".

Quizá en este momento te estés rascando la cabeza preguntándote por qué querría yo compartir este verso. Te aseguro que no eres el único. Cuando anoto Génesis 15:17 en la Biblia de las personas, antes del término de la conferencia, invariablemente alguien se me acerca y me pregunta: "¿De veras quiso anotar Génesis 15:17 en mi Biblia?". Cuando le aseguro a la persona que así fue, esta me dice: "No le encuentro sentido a ese verso".

Admito que Génesis 15:17 sería un verso de vida muy inusual. Sin su contexto, es casi imposible entender este verso. Pero es a causa del contexto que este verso me encanta. A menudo le digo a la gente que si me abandonaran en una isla y solo tuviera un libro, el libro que querría tener por supuesto sería la Biblia. Si solo pudiera tener un libro de la Biblia, querría tener el libro de Hebreos por la forma en que condensa tan perfectamente todas las enseñanzas del Antiguo Testamento y las relaciona con la obra consumada de Cristo en el Nuevo Testamento. Pero si solo pudiera tener un verso de la Biblia, yo querría Génesis 15:17.

DIOS JURA POR SÍ MISMO

¿Qué está sucediendo aquí? En Génesis 15, vemos a Dios haciendo promesas a Abraham. Él llamó a Abraham y le dijo: "No temas, Abrán. Yo soy tu escudo, y tu galardón será muy grande" (v. 1). Abraham estaba un poco ofuscado y preguntó: "¿Qué puedes darme, si no tengo hijos, y el mayordomo de mi casa es ese damasceno Eliezer?" (v. 2). Abraham era uno de los hombres más ricos del mundo. Tenía todas las bendiciones materiales que quería. Sin embargo, Eliecer de Damasco, un sirviente, era el heredero designado por Abraham, porque él no tenía hijos. Eso impulsó a Dios a reafirmar una promesa anterior diciéndole a Abraham que tendría multitudes de descendientes, tantos como estrellas en el cielo (v. 5). Abraham creyó en esta promesa de Dios, y Dios le contó esa

confianza por justicia (v. 6). Este es el texto que usa el apóstol Pablo en su carta a los Romanos para mostrar el fundamento del Antiguo Testamento para la doctrina de la justificación solo por la fe (4:3).

Entonces Dios reafirmó otra promesa anterior: Abraham heredaría la tierra de Canaán (v. 7). Pero Abraham luchaba con el peso de esta promesa. Él preguntó: "Señor, mi Señor, ¿y cómo sabré que la he de heredar?" (v. 8). Entonces Dios le ordenó a Abraham que consiguiera varios animales, los cortara en dos, y distribuyera los pedazos en dos filas, formando un camino (vv. 9-10). Era un acto sangriento, una carnicería. Cuando Abraham terminó, Dios lo hizo caer en un sueño profundo y le dio una visión: esa visión se describe en el verso 17: "Y sucedió que, cuando el sol se puso y ya todo estaba oscuro, podía verse un horno humeante y una antorcha de fuego, la cual pasaba entre los animales divididos".

El horno y la antorcha de fuego eran teofanías, manifestaciones visibles del Dios invisible. Abraham vio una manifestación divina que pasaba entre los pedazos de los animales y entendió inmediatamente su significado. Dios le permitió a Abraham saber con certeza que sus promesas se cumplirían. En otras palabras, Dios le dijo: "Te estoy haciendo promesas, y no puedo jurar por nada más alto que mí mismo. No puedo jurar por las montañas. No puedo jurar por los mares. No puedo jurar por los ángeles. Por lo tanto, te juro por mí mismo. Si no cumplo con las promesas que te he hecho, que yo sea cortado en dos como estos animales. Que yo, el Dios inmutable, sufra mudanza. Que yo, el Señor eterno, me vuelva temporal. Que yo, el Infinito, me vuelva finito". Sabemos que esto es lo que Dios estaba dando a entender porque el autor de Hebreos nos lo dice: "Cuando Dios hizo la promesa a Abrahán, juró por sí mismo, porque no había nadie superior a él por quien jurar, y dijo: 'Ciertamente te bendeciré con abundancia y multiplicaré tu descendencia'" (6:13-14).

Lo que vemos en Génesis 15 es una ceremonia de pacto que era bastante típica en la época de Abraham. Cuando dos partes hacían un pacto, dividían animales

y pasaban entre las piezas, declarando con ello que merecían ser desgarrados en caso de violar el acuerdo. En este caso, solo Dios pasó entre los pedazos porque solo él estaba haciendo promesas. Estaba instituyendo su pacto con Abraham.

SEÑALES DEL PACTO

¿Qué tiene que ver este suceso con el bautismo? Cuando Dios celebra pactos con su pueblo, haciéndoles promesas de redención, su costumbre es atestiguar la autenticidad del pacto dando algún tipo de señal externa. Por ejemplo, cuando le prometió a Noé que no volvería a destruir el mundo por medio de un diluvio, Dios puso su arcoíris en el cielo. Ese arcoíris era una señal visible que confirmaba la promesa de Dios para el futuro de este planeta. Él estaba diciendo que cada vez que vemos un arcoíris, este debería recordarnos que Dios ha prometido no volver a destruir el mundo con un diluvio.

De manera similar, después de instituir su pacto con Abraham, Dios le dio a Abraham y a sus descendientes una señal de membrecía en el pacto: la circuncisión. Esta señal tenía un significado doble. Por una parte, el corte del prepucio era una señal de que Dios estaba diciendo: "Te estoy cortando de entre el resto de la humanidad caída y consagrándote como una nación para mí mismo". Al mismo tiempo, la señal era un testimonio del pueblo, que comunicaba, por así decirlo: "Oh Dios, si no cumplo con los términos de este pacto, si no soy fiel a ti en esta relación de pacto, que yo sea cortado de todos los beneficios de las promesas de tu pacto". Por lo tanto, la circuncisión simbolizaba tanto las bendiciones como las maldiciones del pacto de Dios con Abraham.

El rito de la circuncisión fue dado para todas las generaciones de los israelitas como señal del antiguo pacto. Es por eso que, si le pidiéramos a un judío que identifique la señal del pacto de Dios con su pueblo, él diría que esa señal es la circuncisión.

Tal como la circuncisión era la señal del antiguo pacto, el bautismo es la señal del nuevo pacto. De una forma muy real, lo que la circuncisión era para el Antiguo Testamento, el bautismo lo es para el Nuevo Testamento. Esta estrecha relación la vemos en la carta de Pablo a los Colosenses. Él escribe:

> Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y en él, que es la cabeza de toda autoridad y poder, ustedes reciben esa plenitud. En él ustedes fueron también circuncidados. Pero no me refiero a la circuncisión física, sino a la circuncisión que nos hace Cristo, y que consiste en despojarnos de la naturaleza pecaminosa. Cuando ustedes fueron bautizados, fueron también sepultados con él, pero al mismo tiempo resucitaron con él, por la fe en el poder de Dios, que lo levantó de los muertos. Antes, ustedes estaban muertos en sus pecados; aún no se habían despojado de su naturaleza pecaminosa. Pero ahora, Dios les ha dado vida juntamente con él, y les ha perdonado todos sus pecados. Ha anulado el acta de los decretos que había contra nosotros y que nos era adversa; la quitó de en medio y la clavó en la cruz. Desarmó además a los poderes y las potestades, y los exhibió públicamente al triunfar sobre ellos en la cruz (2:9-15).

Aquí, Pablo le dice a una corporación de creyentes gentiles que han recibido el bautismo del Nuevo Testamento que aquellos que son creyentes han recibido una circuncisión interior. Tienen una circuncisión del corazón, así que es apropiado que ellos tengan la señal del nuevo pacto, que señala, más allá de sí misma, hacia todos los beneficios de Cristo.

LA COMUNIDAD DEL PACTO

Desde luego, la circuncisión y el bautismo no son idénticos, tal como el antiguo pacto y el nuevo pacto no son idénticos. Pero estos dos pactos no están en

guerra. No hay una antítesis radical entre ellos. Hay un elemento de discontinuidad, razón por la cual hablamos de antiguo y nuevo. Si no hubiese diferencia alguna entre ellos, la distinción entre los pactos nuevo y antiguo no tendría sentido. Sin embargo, el nuevo pacto no está en una condición de total discontinuidad con el antiguo. Además de los elementos de discontinuidad, hay fuertes elementos de continuidad. El nuevo pacto no destruye el antiguo; más bien lo culmina y se funda sobre él.

Dada esta continuidad, debe esperarse que haya muchos paralelos entre el pacto antiguo y el nuevo. Por ejemplo, como ya hemos visto, ambos pactos tienen señales externas de inclusión, la circuncisión y el bautismo. Ambas señales tienen relación con los beneficios de la salvación que Dios lleva a cabo en la vida de los que creen. Tanto la circuncisión como el bautismo significan las promesas de Dios. Y en ambos casos, es Dios quien instituye la señal.

El acto soberano de Dios es crucialmente importante para comprender la significación del bautismo. Esto significa que la integridad de la señal no depende de la persona que la administra ni de la persona que la recibe. Si alguien es bautizado por un ministro que más tarde deja el ministerio y abandona la fe, esa persona no necesita volver a bautizarse. Asimismo, la incapacidad del bautizado de llevar una vida ejemplar no malogra la señal. La integridad de la señal se sustenta en la persona que hace la promesa. Detrás de la señal están las promesas de Dios.

Eso nos lleva al punto central que quiero abordar en este breve libro: el significado del bautismo. Hemos visto que es una señal del nuevo pacto, ¿pero de qué es señal específicamente? Una vez conduje un vehículo desde Atlanta a Gainesville, Florida, bajo una lluvia torrencial. Iba de ciudad en ciudad —Macon, Tifton, Valdosta, Lake City, Gainesville— así que iba mirando ansiosamente las señales junto al camino que me indicaban la distancia hasta la siguiente ciudad. En un punto, vi un letrero que decía: “Valdosta, 120

kilómetros". Esa era una señal de Valdosta, pero la señal no era Valdosta. Una señal apunta a algo distinto a ella misma. De igual modo, el bautismo no es la salvación y todo lo que esta implica. Es la señal que nos apunta hacia los beneficios de Cristo que recibimos por fe.

Capítulo cuatro

El significado del bautismo

El bautismo, como hemos visto, es una señal. ¿Pero qué señala? El bautismo preparatorio de Juan era una señal de limpieza del pecado. Él llamó al pueblo de Israel a darse un baño en preparación para la llegada del Mesías. Ese significado se incorpora al bautismo del Nuevo Testamento, desde luego. Pero el bautismo del Nuevo Testamento significa mucho más de lo que señalaba el bautismo de Juan. En cierto sentido, dado que el bautismo es la señal del nuevo pacto, significa *todos* los beneficios que Dios le da a su pueblo bajo ese pacto, todos los frutos que ganamos cuando abrazamos el evangelio de salvación a través de Cristo solamente.

Una histórica declaración doctrinal protestante y reformada, la Confesión de Fe de Westminster, define el bautismo de la siguiente manera: "El Bautismo es

un sacramento del Nuevo Testamento, instituido por Jesucristo, no para admitir solemnemente en la iglesia visible a la persona bautizada, sino también para que sea para ella una señal y un sello del pacto de gracia, de su injerto en Cristo, de su regeneración, de la remisión de sus pecados, y de su rendición a Dios por Jesucristo, para andar en novedad de vida. Este sacramento, por institución propia de Cristo debe continuarse en su Iglesia hasta el fin del mundo" (28.1).

Quizá el rasgo que más resalta en este párrafo sea la cantidad de comas, de las cuales cada una separa una cláusula que indica un significado particular del bautismo. Con todo, este párrafo está lejos de ser exhaustivo. Es decir, el bautismo significa aun más cosas de las que se enumeran en este compendio confesional. En este capítulo, quiero considerar brevemente algunas de las verdades que este multifacético sacramento representa.

INJERTO EN CRISTO

El primer significado que menciona la confesión es "el pacto de gracia", que abordé en el capítulo anterior. Luego se refiere al "injerto en Cristo". El término *injerto* está tomado de la agricultura. Pablo lo utiliza cuando habla de la relación entre los creyentes gentiles y los creyentes judíos, y él describe a los creyentes gentiles como ramas del olivo silvestre que han sido injertadas en el olivo, que es el pueblo del pacto de Dios (Romanos 11:17-24). Por lo tanto, el injerto representa a algo que es adherido a un huésped que está vivo y en crecimiento, a fin de que extraiga vida de él. En consecuencia, cuando la confesión habla de ser injertado en Cristo, está empleando una de las más vívidas metáforas bíblicas para lo que significa volverse cristiano.

En el Nuevo Testamento, hay dos palabras griegas que pueden traducirse al español como "en". Una es *eis*, y la otra *en*. Hay una importante distinción entre estas palabras que se pierde cuando se las traduce al español. *En* significa "en" en

el sentido de “dentro” o “en el interior”. *Eis* significa “en” en el sentido de “adentro” o “hacia adentro”. Si algo está dentro de un círculo, está *en*. Si algo va desde fuera del círculo hacia el interior del círculo, está *eis*.

Hago hincapié en este punto aparentemente menor porque el Nuevo Testamento nos enseña que, en nuestro estado natural, estamos alienados de Dios. Eso significa que estamos fuera de la comunión con Dios, fuera de Cristo, no en una viva comunión o amistad con él. Cuando las personas son llamadas a la fe en el Nuevo Testamento, tal como cuando Pablo y Silas le dijeron al carcelero filipense: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo” (Hechos 16:31, RV95), la palabra griega traducida como “en” es *eis*. Por lo tanto, Pablo y Silas en realidad estaban diciendo: “Cree *adentro* de Cristo”. A todos los que creen *adentro* de Cristo, en adelante el Nuevo Testamento los describe como *en* Cristo. En consecuencia, cuando pasamos de la incredulidad a la fe, hacemos una transición. Entramos en el reino de Dios, en la comunión con Dios, y en una relación salvífica con Jesucristo después de estar fuera de todo esto. La salvación, pues, es un movimiento de una esfera a otra, del reino de las tinieblas al reino de la luz, y la confesión captura esta idea cuando habla de ser injertados *en* Cristo.

Todos los que creen en el Señor Jesucristo entran en una unión espiritual con él, de manera que estamos en Cristo y Cristo en nosotros. Por tal motivo, experimentamos lo que el Credo de los Apóstoles llama “la comunión de los santos”. Esto significa que tenemos una unión espiritual mística con cada uno de los cristianos que haya vivido o vaya a vivir en este mundo, porque todos pertenecemos al mismo cuerpo, Cristo. Por lo tanto, si yo estoy en Cristo y tú estás en Cristo, compartimos un vínculo, una unión, no solo con Cristo sino cada uno con el otro. El Nuevo Testamento dice que estamos injertados en Cristo, con lo cual entramos en una unión mística con él y con todo su cuerpo.

Quiero apresurarme a añadir enfáticamente que no estoy diciendo que todos los que hayan sido bautizados estén en consecuencia en Cristo. Simplemente

estoy diciendo que el bautismo significa la vida en Cristo. Significa la promesa de Dios a su pueblo de una relación con él a través de su Hijo por la fe. Es la señal de estar en Cristo y no en el reino de las tinieblas. Al igual que la señal de la circuncisión en el Antiguo Testamento, el bautismo es una señal de que las personas están en una relación especial con Dios, quien por el pacto es Señor de su rebaño redimido.

Desde luego, las personas bajo el antiguo pacto, al igual que nosotros, estaban propensas a asumir que si tenían la señal, automáticamente poseían la realidad a la que apuntaba la señal. Pablo tuvo que reprender severamente a algunas personas por asumir que solo por estar circuncidadas debían estar en una relación especial con Dios. La circuncisión era la señal externa del pacto, que significaba una relación redentora para todos los que, por la fe, estaban conectados con Dios. Lo mismo se puede decir de la señal del Nuevo Testamento.

REGENERACIÓN DEL CORAZÓN

El segundo punto principal que señala la confesión es nuestra regeneración. En este punto surgen algunos problemas porque, como hemos visto, uno de los grandes debates que rodean al bautismo es si el sacramento efectúa automáticamente la regeneración en el bautizado. Uno de los problemas en este debate es el hecho de que el término *regeneración* se usa en más de una forma en las discusiones teológicas. Se utiliza con un significado en el luteranismo histórico, con otro significado en el catolicismo romano histórico, y con otro significado en la teología reformada histórica.

En la teología reformada clásica, los términos *regeneración* o *renacimiento* han sido usados en referencia a la obra sobrenatural por la que Dios el Espíritu Santo trae a la vida espiritual a un alma que está muerta en el pecado (Efesios 2). Antes

de la regeneración, no tenemos inclinación por las cosas de Dios; no tenemos deseos de él; no lo queremos en nuestro pensamiento. Pero cuando el Espíritu Santo opera en nuestra alma, dejamos de ser hostiles a las cosas de Dios y comenzamos a amar a Cristo; corremos hacia él y lo abrazamos porque hemos sido revividos para las cosas de Dios. Este es el nuevo nacimiento que Jesús describe en Juan 3. Sin embargo, otros usan el término *regeneración* para indicar, no el cambio inicial en la disposición del alma, sino la nueva vida en la experiencia cristiana que se desarrolla después de la conversión. En otras palabras, el término *regeneración* se usa en la teología reformada para referirse al primer paso de la nueva vida, que es el nacimiento, pero otros lo usan para la nueva vida que comienza con el nacimiento. Quienes prefieren este uso del término dicen que el renacimiento continúa a medida que pasamos por un proceso de santificación a lo largo de nuestra vida. No es un suceso de una vez para siempre, instantáneo e inmediato.

La visión reformada de la regeneración está vinculada al concepto de pecado original. Por supuesto, no todas las iglesias tienen la misma visión del pecado original. Prácticamente todas las iglesias del Concilio Mundial de Iglesias confesarían que el ser humano está caído, que cada persona nace en un estado de corrupción heredada de Adán y Eva. Pero en relación al grado de esa corrupción surgen enormes debates. Algunos grupos, tales como los pelagianos, los socinianos, y algunos liberales modernos, niegan que haya una corrupción heredada. Pero dentro del cristianismo ortodoxo, existe acuerdo en que con la caída de Adán algo le sucedió a la naturaleza constitutiva de la humanidad que nos dejó gravemente debilitados en cuanto a nuestra fortaleza moral, o, como enseña la teología reformada, moralmente incapaces de inclinarnos hacia las cosas de Dios.

Este estado de corrupción se denomina pecado original. No somos pecadores porque pequemos; pecamos porque somos pecadores. El fruto corrupto fluye de

nuestra naturaleza corrupta. Cuando pecamos, estamos haciendo lo que nos nace naturalmente como criaturas caídas.

Esta pecaminosidad se aprecia de formas metafóricas en la Escritura. Se retrata en términos de impureza o contaminación ritual. Por ejemplo, el mobiliario del tabernáculo y el templo del Antiguo Testamento incluía una vasija especial llamada fuente o lavamanos. Este utensilio simbolizaba la necesidad de un rito de limpieza para renovar a la persona de su estado de impureza moral.

¿Qué significa esta enseñanza para el bautismo? El bautismo es una señal de la promesa de Dios de regenerar a su pueblo, de liberarlo de la esclavitud del pecado original, de limpiar sus almas de la culpa y purificarlas para que ellos puedan entrar en una relación salvífica con él. Así que todo lo que ocurre en la obra del Espíritu Santo de transformarnos desde dentro hacia afuera está representado en el sacramento del bautismo. Es una señal de limpieza del pecado, que es la regeneración a una nueva vida en Cristo.

REMISIÓN Y RENDICIÓN

El tercer significado que identifica la confesión es la "remisión de los pecados". En otras palabras, es la señal de una de las consecuencias de nuestra fe en Cristo, que es la justificación. Cuando Dios nos justifica, nos declara justos por la remisión de los pecados. Nuestra justificación está fundada en el ministerio de Cristo, quien tomó nuestros pecados en sí mismo y satisfizo las exigencias de la justicia de Dios mediante su obra expiatoria. Por una parte, la muerte de Jesús en la cruz satisfizo la justicia del Padre. Por otra parte, al igual que el macho cabrío del Antiguo Testamento, al cual se le transferían ceremonialmente los pecados del pueblo y era enviado a la oscuridad fuera del campamento (Levítico 16), Cristo se convirtió en el portador de nuestros pecados, nuestro macho cabrío que eliminó de nosotros nuestros pecados absolutamente. Por lo tanto,

cuando se administra el bautismo, se representa la promesa de Dios de remitir nuestros pecados y apartarlos de nosotros tan lejos como está el oriente del occidente (Salmo 103:12).

Finalmente, la confesión apunta a nuestra “rendición a Dios por Jesucristo, para andar en novedad de vida”. Aquí la confesión aborda nuestra entrega a Dios, el volvernos de nuestros caprichosos caminos para seguir a Cristo en sumisión a su señorío. Habiendo sido “crucificados con Cristo” (Gálatas 2:20) en nuestra unión mística con él, somos levantados a una nueva vida, con un nuevo corazón que es capaz de elegir los caminos de Dios. Nosotros queremos andar por esos caminos, y el bautismo es una señal de esta rendición y el consiguiente cambio.

Es importante observar que la confesión concluye diciendo que el bautismo “por institución propia de Cristo debe continuarse en su Iglesia hasta el fin del mundo”. Dondequiera y cuandoquiera que el evangelio se abra camino, los nuevos creyentes deben ser bautizados. Cualquiera que sugiera que el bautismo es innecesario está desafiando el mandato de Cristo mismo.

EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU

Yendo más allá de los puntos mencionados en la Confesión de Westminster, quisiera señalar dos más. Primero, el bautismo en agua del Nuevo Testamento apunta al bautismo del cristiano por el Espíritu Santo.

A lo largo del siglo XX, un importante movimiento de la iglesia puso un gran énfasis en el concepto del bautismo en el Espíritu Santo. Los creyentes carismáticos y pentecostales subrayaron el bautismo del Espíritu como una segunda experiencia de gracia. Esto representó un alejamiento del pensamiento cristiano clásico, el cual entiende que el bautismo del Espíritu Santo se refiere a la capacitación de todos los creyentes con una medida de poder para el

ministerio.

¿Qué es, entonces, el bautismo del Espíritu y cómo se relaciona con el bautismo en agua? En el Antiguo Testamento, unos pocos individuos tuvieron los *charismata*, los dones carismáticos de gracia que les permitieron realizar significativas tareas. El Espíritu Santo vino a David para permitirle llevar a cabo su rol de rey (1 Samuel 16:13). Vino sobre los profetas, ungiéndolos y capacitándolos para ser agentes de revelación (2 Crónicas 15:1; 20:14). En el periodo de los jueces, cuando se necesitaban dones únicos para el liderazgo, el Señor levantó hombres y los dotó para librar a su pueblo (Jueces 2:16; 13:25).

La persona del Antiguo Testamento que manifestó quizá el grado más intenso de este bautismo y capacitación del Espíritu Santo fue Moisés, a quien Dios dotó con dones extraordinarios de liderazgo para que fuera el mediador del antiguo pacto. En una ocasión, cuando el pueblo estaba descontento porque no tenían otra cosa que maná para comer, Moisés comenzó a desesperarse y le pidió a Dios que lo matara porque la carga de satisfacer al pueblo era muy grande para él. (Números 11:15). Dios le ordenó a Moisés que reuniera a setenta ancianos de Israel y declaró: "Tomaré del espíritu que está en ti y lo pondré en ellos, y ellos sobrellevarán contigo la carga del pueblo. Ya no la llevarás tú solo" (v. 17). Moisés hizo lo que se le instruyó, y Dios tomó parte de la dotación del Espíritu que estaba sobre Moisés y ungió a estos setenta ancianos para que le ayudaran.

En un apéndice más bien extraño a este relato, nos enteramos de que dos de los setenta ancianos designados no se reunieron con los demás en el tabernáculo sino que se quedaron en el campamento. No obstante, Dios los dotó con su Espíritu, y comenzaron a profetizar en el campamento, tal como los demás ancianos profetizaban en el tabernáculo. Cuando Josué lo supo, se molestó y urgió a Moisés a que les dijera a los dos hombres que se detuvieran. Pero Moisés dijo: "¿Acaso tienes celos por mí? ¡Cómo quisiera yo que todo el pueblo del Señor fuera profeta! ¡Cómo quisiera yo que el Señor pusiera su espíritu sobre

ellos!" (v. 29).

Más tarde, ese deseo de Moisés se volvió parte del contenido de la profecía cuando el profeta Joel anunció: "Después de esto, derramaré mi espíritu sobre la humanidad entera, y los hijos y las hijas de ustedes profetizarán; los ancianos tendrán sueños, y los jóvenes recibirán visiones. En aquellos días, también sobre los siervos y las siervas derramaré mi espíritu" (Joel 2:28-29). Cuando llegó el día de Pentecostés en el Nuevo Testamento, todos los creyentes judíos que estaban presentes recibieron el bautismo del Espíritu Santo (Hechos 2:2-4). Cuando esto aconteció, el apóstol Pedro dijo: "Esto es lo que dijo el profeta Joel: 'Dios ha dicho: En los últimos días derramaré de mi Espíritu sobre toda la humanidad'" (vv. 16-17a). El Nuevo Testamento, entonces, vio la experiencia de Pentecostés como el cumplimiento de la profecía de Joel.

A medida que el evangelio empezó a difundirse, hubo derramamientos del Espíritu entre los samaritanos (Hechos 8:14-17), los temerosos de Dios (10:44), y los gentiles (19:1-6). Los apóstoles fueron testigos de estos sucesos y concluyeron que, puesto que Dios había dado su Espíritu a cada grupo, no había ciudadanos de segunda clase en el nuevo pacto, no había limitaciones para los samaritanos, griegos, u otros gentiles convertidos. Sobre la base de esa verdad, Pablo afirmó: "A cada uno se le da una manifestación especial del Espíritu para el bien de los demás" (1 Corintios 12:7, NVI).

Por lo tanto, según el cristianismo clásico, la idea del bautismo del Espíritu Santo es esta: cada cristiano recibe no solo la obra de regeneración del Espíritu, sino también la capacitación del Espíritu para participar en el ministerio del evangelio. Eso no significa que todos estén llamados a ser pastores, o predicadores, o evangelistas, sino que cada cristiano ha sido separado y capacitado por el Espíritu Santo, como aquellos setenta ancianos de Israel. Pero si bien solo algunos creyentes del Antiguo Testamento recibieron la capacitación del Espíritu, todos los creyentes del Nuevo Testamento la reciben.

En consecuencia, si bien existe una distinción entre el bautismo en agua y el bautismo en el Espíritu, una de las cosas que indica la señal del nuevo pacto del bautismo es la participación de cada creyente en el poder y unción del Espíritu Santo. El bautismo en agua es una señal del bautismo en el Espíritu.

MUERTE Y RESURRECCIÓN

Finalmente, el bautismo del Nuevo Testamento es una señal de nuestra muerte y resurrección con Cristo. El bautismo indica nuestra identificación con la muerte de Cristo; por medio de este acto, confesamos nuestra fe en que su muerte fue por nosotros, en que con su expiación él pagó el castigo por nuestro pecado. Él no fue levantado de los muertos simplemente para su propia vindicación, sino que, como nos enseña el Nuevo Testamento, él fue levantado como el primogénito entre muchos hermanos (Romanos 8:29). Por lo tanto, el bautismo también representa la conquista de la muerte en beneficio de todos los que están en Cristo.

Como puedes ver, el bautismo está lleno de un rico simbolismo que señala todas las cosas que Dios hace por nosotros cuando nos libera de nuestro pecado. Las promesas de Dios a su pueblo amado a través de Jesucristo se encuentran en una reluciente exhibición cuando se administra el sacramento del bautismo. Estas cosas no eran parte de la significación del bautismo preparatorio de Juan el Bautista. El bautismo del Nuevo Testamento comunica todo lo que Cristo Jesús ha alcanzado para nosotros.

Es importante observar que Pablo habla de la circuncisión a la vez como señal y como sello (Romanos 4:11), por lo que los protestantes históricamente han usado el mismo lenguaje para el bautismo. El concepto de sellado es una de las enseñanzas más descuidadas del Nuevo Testamento. Dicho concepto nos dice, por ejemplo, que todo aquel que está en Cristo no solo renace del Espíritu Santo

y es capacitado para el ministerio, sino que es sellado por el Espíritu. Cada creyente recibe la "garantía" del Espíritu. Cuando una persona compra una casa, se le pide que desembolse dinero en garantía, el cual constituye su promesa de pagar el saldo. Algunas personas no cumplen sus promesas, demostrando que en realidad no actuaban en serio cuando desembolsaron su dinero. Pero cuando Dios hace un pago en garantía y promete completar la transacción, no tenemos que preocuparnos de que él haga el pago total. Con este lenguaje, el Nuevo Testamento está enseñando que todo el que nace de nuevo y recibe el Espíritu Santo tiene la promesa de Dios de que él hará lo que falta. Somos sellados para plena salvación.

En el mundo antiguo, el sello era un símbolo de propiedad, de autenticidad, y de autoridad. Cuando un rey emitía un edicto o un comunicado oficial de algún tipo, el documento era sellado con una gota de cera caliente, y luego el rey presionaba su anillo de sello sobre la cera, con lo que le daba su marca o sello para probar la autenticidad del documento. De la misma manera, el don del Espíritu sella al creyente, porque Dios le da su Espíritu solo a los que son suyos. El Espíritu es la marca de Dios sobre las ovejas de su rebaño. De esta forma, el Dios que nunca falta a su palabra comunica la increíble promesa de salvación de Dios a todos los que creen.

Capítulo cinco

El modo del bautismo

Aquí una pregunta: ¿Cuál es la forma adecuada de bautizarse? ¿Existe un modo específico de bautismo que sea esencial para la autenticidad del sacramento? De todos los debates que han rodeado al sacramento del bautismo, la cuestión del modo adecuado se ha convertido y se ha mantenido como uno de los más persistentes y divisivos.

Diversas iglesias de la historia cristiana han respondido esta pregunta aseverando que un método u otro es el único modo válido. En las últimas décadas, algunos estudiosos y teólogos han aducido enérgicamente que el método del bautismo del Nuevo Testamento es la inmersión, y algunos han ido tan lejos como para insistir en que si una persona no es bautizada por inmersión, no está genuinamente bautizada. Otros han contradicho esa afirmación

declarando que la inmersión ni siquiera es una forma legítima de bautismo. Desde luego, cada uno de los otros métodos —aspersión, infusión, e inmersión parcial— también cuenta con vehementes partidarios y detractores.

Como dije anteriormente, yo no creo que este tipo de debate sea sostenido por personas a las que solo les gusta discutir por discutir. Yo creo que estas diferencias surgen porque cristianos sinceros tienen un genuino y profundo deseo de hacer lo que agrada a Dios, por lo cual quieren realizar el sacramento de manera bíblica. Si una persona cree que la Escritura ordena que el bautismo se administre por inmersión, podría legítimamente llegar a la conclusión de que a menos que se realice una inmersión, lo que se practica es algo inferior al bautismo.

La pregunta es, por supuesto, si la Escritura realmente *ordena* un modo específico de bautismo. Esta no es una pregunta fácil de responder.

EVIDENCIA DEL TEXTO GRIEGO

En el Nuevo Testamento, la palabra griega que se traduce como "bautizar" es *baptizo*. Esta palabra generalmente significa "sumergir, hundir, ir abajo", y es por este motivo que los proponentes de la inmersión aducen que el suyo es el modo adecuado de bautismo.

En algunos de los pasajes del Nuevo Testamento donde aparece *baptizo*, el contexto pareciera respaldar el argumento de que la inmersión es el modo apropiado del bautismo. Por ejemplo, del bautismo de Juan se sacan muchas conclusiones, porque este se llevaba a cabo en el Río Jordán, y en efecto Juan bautizaba (*baptizo*) "en el río" (Mateo 3:6). Se asume que Juan debe haber requerido que las personas entraran al río para que pudieran ser sumergidas. Sin embargo, la Escritura nunca dice que las personas fueran sumergidas cuando entraban al río, solo que eran bautizadas allí. Además, tenemos el arte cristiano

antiguo que retrata a personas bautizadas en un río, pero están paradas y hundidas casi hasta la cintura en el agua, y el que administra el bautismo recoge agua del río y la derrama sobre la cabeza del bautizado. Pareciera que los bautizados no entraban al río para ser sumergidos sino para que fuera más simple verter el agua sobre sus cabezas.

Otra narración del Nuevo Testamento que se cita para apoyar la inmersión es el bautismo de Felipe al eunuco etíope, registrado en Hechos 8. Lucas escribe que Felipe y el eunuco "descendieron al agua" (Hechos 8:38), y allí Felipe bautizó (*baptizo*) al hombre. Una vez más, sin embargo, el texto no dice específicamente que el eunuco fuera sumergido. Sí dice que ellos "subieron del agua" (v. 39, NVI), pero claramente esta frase no significa que tanto Felipe como el eunuco se sumergieran en el agua antes de subir nuevamente. Simplemente significa que subieron por el borde del río, así como habían descendido por él. Aquí, nuevamente, no se revela el modo específico del bautismo.

El asunto se torna más complejo cuando vemos que *baptizo* a veces se usa cuando el contexto claramente no sugiere inmersión. En Marcos 7, se nos dice que los fariseos se percataron de que los discípulos de Jesús comían sin antes lavarse las manos. El lavado en cuestión era una limpieza ceremonial no prescrita por la ley de Dios sino por las tradiciones rabínicas judías que habían surgido. A modo de trasfondo, Marcos observa que los fariseos no comían a menos que se hubieran lavado de esta forma ceremonial, especialmente después de llegar del mercado (vv. 3b-4). Es interesante que la palabra traducida como "lavar" en el verso 4 sea *baptizo*, y claramente no implica una inmersión de todo el cuerpo. Asimismo, en Lucas 11:38, leemos sobre un fariseo que estaba asombrado de que Jesús no se "lavara" antes de cenar. Una vez más, aquí se utiliza la palabra *baptizo*, y una vez más, está claro que no significa una inmersión total en el agua. A veces *baptizo* se usa en el griego clásico simplemente con el significado de

"bañar" o "lavar", y en estos pasajes vemos ejemplos de ese uso.

LA "ZAMBULLIDA" DE NAAMÁN

Otro relato bíblico que aparentemente apoya la inmersión se encuentra en 2 Reyes 5. Es interesante que la palabra *baptizo* también aparezca en esta historia en la Septuaginta, la versión griega de la Escritura hebrea. El nombre de esta obra proviene de la frase latina *Interpretatio septuaginta virorum*, que literalmente significa "interpretación de los setenta hombres", porque esta traducción fue producida en la antigüedad por un equipo de setenta eruditos. La labor de traducción se realizó durante el periodo de helenización del mundo antiguo, cuando Alejandro Magno estaba construyendo su imperio y comenzando su programa de introducción de la cultura griega por toda la región mediterránea. El griego se estaba volviendo la lengua común, así que había generaciones de judíos que crecían hablando y leyendo griego en lugar de hebreo. La Escritura hebrea fue traducida al idioma griego para que los judíos de habla griega pudieran leerla. Al tratar de determinar el significado preciso de los términos griegos en el Nuevo Testamento, los estudiosos examinan la Septuaginta, poniendo mucha atención a qué palabras griegas se usaron para traducir ideas hebreas del Antiguo Testamento.

En 2 Reyes 5, encontramos la historia de Naamán, el comandante del ejército del rey de Siria. A Naamán, quien sufría de lepra, le aconsejaron que fuera a Israel en busca de sanidad de parte del profeta Eliseo. Cuando Naamán llegó a la casa de Eliseo, el profeta envió a un siervo a decirle que se "lavara" siete veces en el Río Jordán (v. 10). La palabra hebrea traducida aquí como "lavar", *rachats*, tiene el significado de "bañarse" o "lavarse", tal como el que a veces tiene la palabra *baptizo*. Aparece nuevamente en los versos 12 y 13 cuando Naamán discutía sobre si seguir o no las instrucciones del profeta. Pero cuando finalmente

Naamán fue al Jordán, se "zambulló" siete veces (v. 14). Aquí se usa una palabra distinta en español porque el término hebreo es distinto; es la palabra *tabal*, que significa "sumergir" o "zambullirse". Sin embargo, en la Septuaginta, la palabra traducida como "zambulló" es *baptizo*.

A primera vista, este uso de *baptizo* pareciera reforzar el argumento de que significaba inmersión. Pareciera que Naamán hizo algo más que "lavarse"; él se sumergió o zambulló en el agua del Jordán. La dificultad está en que la Septuaginta normalmente traduce *tabal*, con una palabra griega distinta, *bapto*, que simplemente significa "mojar". Vemos ejemplos de ello en Levítico 4:17, donde se le ordenaba al sacerdote: "Mojará su dedo en esa misma sangre, y la rociará siete veces delante del Señor, en dirección al velo"; en Levítico 14:6, donde se instruía al sacerdote: "Tomará entonces el ave viva y, con la sangre del ave que fue degollada sobre el agua corriente, mojará el cedro, la grana y el hisopo"; en Josué 3:15, que dice: "Los sacerdotes entraron en el río y sus pies se mojaron en la orilla"; en Rut 2:14, donde Booz le dice a Rut: "Acércate. Toma un poco de pan, y mójalo en la salsa de vinagre"; y en 1 Samuel 14:27, donde se nos dice que Jonatán "alargó la punta de una vara que traía en la mano, la remojó en un panal de miel". En todos estos casos, la palabra hebrea *tabal* se traduce por la palabra griega *bapto* en la Septuaginta.

Como podemos ver, en estos pasajes la palabra *tabal* implica un amplio rango de significados. En algunos casos, el objeto mojado al parecer se sumerge completamente, pero en otros claramente no es así. En algunos casos, la inmersión ocurre en el contexto de una ceremonia formal en el tabernáculo, mientras que en otros casos involucra una comida. Estos pasajes, entonces, no nos ayudan mucho para comprender qué significa la "zambullida" de 2 Reyes 5:14.

Eso nos deja con la pregunta de por qué los setenta ancianos usaron *baptizo* en lugar de *bapto* para traducir *tabal* en 2 Reyes 5:14. No creo que podamos saberlo

con certeza, pero personalmente pienso que tuvo que ver con el hecho de que la lepra representaba impureza ceremonial, y a Naamán se le dijo que realizara un ritual que quitaría su impureza. Tal como los fariseos se "lavaban" (*baptizo*) las manos para estar ceremonialmente limpios antes de comer, a Naamán se le dijo que se "lavara" para que estuviera ceremonialmente limpio, y él respondió "zambulléndose" en el Jordán (*baptizo*).

Así que, a fin de cuentas, no estoy seguro de que podamos argumentar de manera concluyente a partir de la Escritura que un modo de bautismo deba preferirse por sobre otro.

FLEXIBILIDAD EN LA IGLESIA PRIMITIVA

Yo creo que la iglesia primitiva reconoció esta falta de certeza en la Escritura. En un lugar donde el agua era escasa y donde pocas congregaciones tenían su propia construcción, mucho menos bautisterios, la iglesia no era extremadamente específica sobre cómo debía realizarse el bautismo. Esto se aprecia en la *Didache*, un "manual" de la iglesia que data de fines del siglo I o comienzos del siglo II:

> En lo que se refiere al bautismo, tenéis que bautizar así: Habiendo dicho todas estas cosas, bautizad en el nombre del Padre y del Hijo y el Espíritu Santo, en agua viva. Si no tienes agua viva, bautiza con otra agua. Si no puedes con agua fría, hazlo con caliente. Si no tienes ni una ni otra, derrama agua sobre la cabeza tres veces, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Antes del Bautismo, ayunen el bautizante y el bautizando y algunos otros que puedan. Pero al bautizando le ordenarás que ayune uno o dos días antes (Capítulo 7).

El escritor de la *Didache* fue dogmático respecto al uso de la fórmula trinitaria en el bautismo, pero fue flexible en cuanto al modo que se empleara. Por lo

tanto, desde los primeros días, los cristianos utilizaron variados modos de bautismo. El modo no importaba mayormente, con tal de que se comunicara el carácter de señal de limpieza del sacramento.

Mi conclusión es que la cuestión del modo del bautismo no debería dividir a los cristianos. El asunto ha sido examinado y debatido durante dos mil años, pero no hay un pleno acuerdo cercano. Esta es un área de práctica de la iglesia donde estamos llamados a tolerarnos unos a otros y no levantar calumnias contra aquellos que practican un modo distinto del que nosotros preferimos. La cuestión de fondo es que todos están tratando de decir básicamente lo mismo a través de cualquier modo que se emplee: que el bautizado es incluido en el cuerpo de Cristo y que ha sido limpiado del pecado. El modo que usemos no debería ser causa de divisiones en la iglesia.

Capítulo seis

Evidencia a favor del bautismo de niños

Mi experiencia ha sido que cuando abordo el tema del bautismo de niños, recibo un repentino aumento en el volumen de mi correspondencia, y la mayor parte de esta no es muy elogiosa. El motivo, desde luego, es que en la iglesia evangélica de hoy, el fallo mayoritario está a favor de lo que se denomina bautismo del creyente.

Esta preferencia no siempre ha sido la dominante. A lo largo de la historia de la iglesia, la práctica del bautismo de niños ha tenido con mucho el voto mayoritario. Aun hoy, hay muchas más denominaciones que practican el bautismo de niños que las que no lo hacen, pero esas denominaciones tienden a ser más pequeñas, de manera que la membrecía de las denominaciones que no practican el bautismo de niños supera con creces a la de las denominaciones que

sí lo hacen. En consecuencia, la persona que cree en el bautismo de niños y lo practica debe reconocer que, en el ámbito evangélico contemporáneo, pertenece a la minoría.

Desde luego, es muy peligroso tratar de discernir cuál es la forma apropiada de agradar a Dios simplemente contando cabezas. El solo hecho de que una postura en un momento en particular tenga el favor de la mayoría de las denominaciones o de los creyentes no establece su legitimidad. No obstante, los precedentes históricos deberían hacernos reflexionar antes de volvernos demasiado dogmáticos acerca de lo inadecuado del bautismo de niños. Puesto que el bautismo de niños ha sido la postura mayoritaria a lo largo de la historia de la iglesia, pienso que el juicio de caridad requiere que cada creyente al menos se pregunte por qué tantas personas han estado a favor de esa posición, aun si está convencido de que la postura de la mayoría es incorrecta. Eso no significa abandonar la propia visión del bautismo de niños; simplemente significa tomarse el tiempo para investigar por qué tantos otros ven las cosas de otra forma.

Cuando comencé a enseñar en un seminario, el alumnado estaba compuesto principalmente por tres grupos denominacionales: presbiterianos, episcopales, y bautistas. Tanto los presbiterianos como los episcopales practicaban el bautismo de niños, pero los bautistas no. Yo estaba a cargo de enseñar Teología Sistemática III, que abarcaba la doctrina de la iglesia y los sacramentos. Yo estaba preocupado por la enseñanza sobre los sacramentos debido a la división entre mis alumnos y porque yo era un profesor presbiteriano que creía en el bautismo de niños. Yo me preguntaba: "¿Qué pasará si persuado a los estudiantes bautistas de la legitimidad del bautismo de niños cuando están tan cerca de ser ordenados en una comunidad que no cree en ello?". Finalmente, ideé lo que parecía una forma justa de abordar la materia: asigné a los presbiterianos y episcopales un informe de diez páginas sobre los argumentos a favor del bautismo de creyentes, y a los bautistas les asigné un informe de diez páginas sobre los argumentos a

favor del bautismo de niños. Yo pensé que con este método todos los estudiantes conocerían lo que decían los partidarios de la postura contraria. Más tarde, varios de los estudiantes expresaron lo útil que les resultó estudiar lo que creían sus oponentes.

En ningún lugar el Nuevo Testamento ordena explícitamente que los cristianos bauticen a sus hijos pequeños. Esto representa un cambio en relación con el Antiguo Testamento, donde había un mandato explícito de que los padres circuncidaran a su bebés varones. Pero, asimismo, no hay una prohibición explícita en el Nuevo Testamento contra el bautismo de niños. El Nuevo Testamento no da instrucciones explícitas sobre ninguna de las dos opciones, de manera que el caso a favor o en contra del bautismo de niños debe elaborarse a partir de inferencias e implicaciones extraídas del texto de la Escritura. Este factor, más que cualquier otro, debería llevarnos a tener mucho cuidado en nuestro diálogo con aquellos que discrepan con nosotros en esta materia.

Quiero examinar algunas de las implicaciones e inferencias que han convertido el bautismo de niños en el fallo mayoritario en la historia de la iglesia.

INFERENCIAS A PARTIR DE LA ESCRITURA

En primer lugar, está el vínculo de la Escritura entre la señal del pacto del Antiguo Testamento, la circuncisión, y la señal del pacto del Nuevo Testamento, el bautismo. Como ya hemos visto, la circuncisión y el bautismo no son idénticos, pero sí tienen importantes aspectos en común, de los cuales no es menor el hecho de que ambos sean señales del pacto. Sabemos fuera de toda duda que la señal del antiguo pacto se daba a los adultos después de que hacían una profesión de fe y a los infantes antes de que fueran capaces de hacer una profesión de fe. Por ejemplo, Abraham creyó siendo adulto y entonces recibió la señal del pacto, pero su hijo Isaac recibió la señal del pacto antes de creer.

Eso es muy importante, porque el argumento más común contra el bautismo de infantes es que significa cosas que brotan de la fe, y dado que los infantes no son capaces de expresar o adoptar la fe, no deberían recibir la señal. Pero si ese argumento fuese correcto, anularía la legitimidad de la circuncisión del Antiguo Testamento. Si rechazamos el bautismo de niños basados en el principio de que una señal que implique fe nunca debe darse sino después de que la fe esté presente, también negamos la legitimidad de la circuncisión en el Antiguo Testamento.

En segundo lugar, el Nuevo Testamento claramente considera el nuevo pacto mejor que el antiguo (Hebreos 7:22; 8:6), en parte porque es más inclusivo y no menos inclusivo. Dado que los infantes recibían la señal del antiguo pacto, si no se les diera la señal del nuevo pacto, eso significaría que el nuevo pacto es menos inclusivo que el antiguo pacto.

En tercer lugar, existe una práctica similar concerniente a las señales del pacto y las familias bajo ambos pactos.

Un argumento que se utiliza enérgicamente contra el bautismo de niños es que en el Nuevo Testamento no hay registro de infantes bautizados. Cada vez que leemos acerca de alguien bautizado, se trata de un adulto. Por lo tanto, algunos infieren que solo los adultos deberían bautizarse.

Reconozco que el argumento es técnicamente correcto: no encontramos ni una sola referencia a un niño bautizado en los registros escriturales sobre la iglesia primitiva. Sin embargo, hay unos veinte registros de bautismos en la Biblia, y tres de esos relatos registran el bautismo de no solo un adulto en particular sino de su familia, en cuyo caso pudo haber niños incluidos. Algunos estudiosos del Nuevo Testamento, tales como el suizo Oscar Cullman, aducen que la palabra griega *oikos*, que se traduce como "casa" en el Nuevo Testamento, no solo puede incluir a niños pequeños sino que tiene referencia específica a los infantes.

Sea como fuere, en el Nuevo Testamento vemos familias que reciben la señal del pacto, y vemos el mismo principio que operaba en el Antiguo Testamento, cuando Abraham, por ejemplo, fue circuncidado con todos los hombres de su casa (Génesis 17:26-27). Puesto que ese concepto de inclusión familiar se traspasa al Nuevo Testamento, y puesto que sabemos que las familias que recibían la señal del pacto en el Antiguo Testamento frecuentemente incluían a niños, los tres ejemplos de bautismo familiar del Nuevo Testamento ciertamente respaldan la pertinencia del bautismo de niños.

NIÑOS SEPARADOS COMO SANTOS

En cuarto lugar, debemos considerar el lenguaje de 1 Corintios 7, donde Pablo da instrucciones acerca del matrimonio y el divorcio. Él escribe:

> A los demás, les digo yo (y no el Señor): Si la esposa de algún hermano no es creyente, pero ella consiente en vivir con él, éste no debe abandonarla. Y si el esposo de alguna hermana no es creyente, pero él consiente en vivir con ella, tampoco ésta debe abandonarlo. Porque el esposo no creyente es santificado en su esposa, y la esposa no creyente es santificada en su esposo. Si así no fuera, los hijos de ustedes serían impuros, mientras que ahora son santos (vv. 12-14).

¿Cómo podemos entender las extrañas declaraciones de Pablo de que un esposo puede ser santificado por su esposa, que una esposa puede ser santificada por su marido, y que sus hijos de alguna forma pueden ser santificados en este contexto? Tendemos a concebir la santificación como el proceso por el cual el Espíritu Santo nos conforma a Cristo después de nuestra justificación. Algunas personas leen este texto con esa idea en mente, diciendo: “Bueno, si yo soy creyente pero mi esposa no, y si ella es santificada en virtud de estar casada

conmigo, entonces ella también debe estar justificada". Si eso fuera cierto, habría más de una forma de ser salvo: se podría ser justificado por la propia fe o casándose con alguien que tenga fe. Pero eso va en contra de la clara enseñanza del Nuevo Testamento. Por lo tanto, aquí la enseñanza de los apóstoles acerca de la santificación obviamente no se refiere al proceso por el cual somos conformados a Cristo después de nuestra justificación.

¿Qué significa entonces este texto? Para llegar a la respuesta, intentemos determinar cómo habría entendido estas palabras un judío del siglo I. recordemos que el significado primordial del verbo *santificar* es "consagrar", "separar". En efecto, en el Antiguo Testamento, estar santificado era estar purificado o separado por algún ritual de purificación, y el ritual primario era la circuncisión. Así que Pablo, usando un lenguaje que rebosa de connotaciones de pacto, está diciendo que un esposo incrédulo es *separado* por su esposa creyente, y que una esposa incrédula es *separada* por su esposo creyente. ¿Por qué? Para que sus hijos no sean impuros. En el antiguo pacto, estar impuro significaba estar fuera del campamento, separado y fuera de la comunidad del pacto de Dios. Estas palabras de Pablo significan, pues, que en virtud de la fe de solo uno de los padres, los hijos son santos. Esta es una afirmación explícita del Nuevo Testamento de que el hijo pequeño de un solo creyente en un matrimonio está en un estado de consagración. El hijo no se considera impuro, sino separado y se le considera santo. Y el ritual que consagra al hijo en la comunidad del nuevo pacto es el bautismo.

EL TESTIMONIO DE LA HISTORIA

Finalmente, está el testimonio de la historia de la iglesia a favor del bautismo de niños. Se ha argumentado que el bautismo de niños no solo no se menciona en las páginas de la Escritura, sino que tampoco se menciona explícitamente en

ningún documento de la iglesia primitiva. Esta afirmación es cierta. La literatura de fines del siglo I e incluso de comienzos del siglo II no menciona el bautismo de niños. La primera referencia al bautismo de infantes es de alrededor del año 150, más de cien años después del comienzo de la comunidad apostólica. Por lo tanto, se plantea el argumento de que en el siglo II se ideó un ritual que representaba un alejamiento de la práctica prístina de la iglesia primitiva.

El problema con este argumento es que la referencia de alrededor del año 150 indica que el bautismo de niños era la práctica universal de la iglesia cristiana. Los argumentos a partir del silencio son peligrosos, pero sería algo extraño y sorprendente que hubiese habido una significativa desviación de la pureza de la comunidad apostólica que infectara a todo el mundo cristiano a mediados del siglo II sin que se levantara una palabra de preocupación o de protesta. En otras palabras, el hecho de que la práctica del bautismo de niños aparentemente se esparciera a toda la comunidad cristiana dentro de cien años sin que se conozca alguna protesta es otro indicio de que la aceptabilidad de dar a los niños pequeños la señal del pacto sencillamente era asumida por la iglesia primitiva. Al parecer el bautismo de niños era administrado porque representaba una continuación de la práctica que tenía un precedente de más de dos mil años en la casa de Israel.

Estas, pues, son a mi juicio algunas razones válidas y convincentes para la práctica del bautismo de niños. Aquí, no obstante, una vez más encarezco que quienes creen en el bautismo de niños y quienes apoyan el bautismo de creyentes practiquen el juicio de la caridad y no permitan que sus posturas divergentes se conviertan en fuente de división.

ACERCA DEL AUTOR

El Dr. R. C. Sproul es el fundador y director de Ligonier Ministries, un ministerio multimedia internacional con sede en Sanford, Florida. Él también se desempeña como co-pastor en Saint Andrew's, una congregación reformada en Sanford, y como rector del Reformation Bible College, y su enseñanza puede escucharse en todo el mundo en el programa de radio diario *Renewing Your Mind.*

Durante su distinguida carrera académica, el Dr. Sproul contribuyó a la formación de hombres para el ministerio como profesor en varios seminarios teológicos.

El Dr. Sproul es autor de más de noventa libros, entre ellos, *The Holiness of God, Chosen by God, The Invisible Hand, Faith Alone, Everyone's a Theologian, Truths We Confess, The Truth of the Cross, and The Prayer of the Lord*. También trabajó como editor general de la Biblia *The Reformation Study Bible*, y ha escrito varios libros para niños, entre ellos *The Donkey Who Carried a King.*

El Dr. Sproul y su esposa, Vesta, residen en Sanford, Florida.